

El angelito y el diablo

Esa mañana, cuando Rosa González despertó, palpó el cuerpecito de su hijo Hernán. Un grito lacerante dio la alarma de la desdicha que de ahí en más se cerniría sobre su modesto hogar.

El niño había muerto durante el sueño, al amanecer, sin que sirvieran de nada todos los esfuerzos de Juana Márquez, la curandera del poblado.

Agustín Chávez, compañero de Rosa y padre de Hernán, más sereno aceptó resignado su anuncio, la abrazó y contuvo su estremecimiento.

Pronto se acercaron algunos vecinos y fue una larga letanía de sollozos en coro. Tras ellos ambaron el padrino y la madrina, que casi al unísono, entrecortada la voz, no cesaban de decir:

-¡Comadre...! ¡Comadrita Rosa, Dios se lo lleva al Hernán!

-¡Bendito sea...!

Ellos habían sido elegidos padrino y madrina por don Agustín y doña Rosa, pero después del bautismo, violando la fuerza de la tradición normal, cedieron a la pasión. Por eso todos los días, a partir de las doce de la noche, gritaban y reñían y hasta se arañaban la cara y el cuerpo, porque el diablo los había pillado e incorporado a su dominio de maldad y castigo. Volvían a recobrar su fisonomía a partir del primer rayo de luz del nuevo día.

Poco a poco se fueron sucediendo las acciones para velar al angelito. Don Prudencio Vargas armó un cajoncito y el catre que los sostendría, colocándolos en el centro de la habitación. Doña Rosa, ya sin llorar, ubicó el cuerpecito en el cajón, forrado con la sabanita de su pequeña cama, coblando los bordes para que cayeran hacia los costados. Previamente colocó en torno de la cintura del niño un cordón que rebasaba la caja, y del que la madrina, a la hora de su muerte pudiera asirse de él para abandonar el Purgatorio y ascender al Paraíso, donde estará esperándolo su ahijadito.

Otras mujeres fueron cubriendo el techo y las paredes del cuarto con sábanas, en las que prendían algunas flores de papel de color. Sólo en la sábana del techo pusieron unas estrellas plateadas que usaban en Navidad.

Los hombres dedicaronse a traer bancos, algunas sillas y unas mesitas, facilitadas por los vecinos. Otros llevaron café, aguardiente hervido con poleo, aloja y una tinaja con chicha. Algunas de las mujeres se dedicaron a preparar frituras, empanadas, empanadillas y rosquetes.

Al atardecer fueron cumpliéndose los distintos preparativos. El angelito estaba compuesto, peinado y su carita pintada de blanco, con los ojos abiertos, luciendo dos alitas blancas que parecían emerger de sus hombros. Del interior del ataúd pendían varios cordones en cada uno de los cuales los veladores fueron haciendo nudos, para que el angelito al llegar al cielo dijese una oración para cada uno, con la que el destinatario obtendrá una gracia celestial. En torno al cadáver había ya profusión de flores de papel y además estaba enmarcado por dos arcos florales asidos al catre.

Aunque por instantes alguien recitaba los "versos del angelito", fue al atardecer, casi entrada la noche, cuando los rezadores comenzaron ordenadamente a hacerlo, unos tras otros, mientras de los costados a media voz los presentes acompañaban musitando cada frase. Ello y la poca luz de las candelas, los rebozos oscuros de las mujeres y los rostros catrinos de los hombres, ponían un aire sobrenatural que estremecía.

Comenzó la madre:
Angelito de mi vida:
Derramas gotas de sangre,
Y cuando estés en la gloria
Rogarás por padre y madre.

Angelito de mi vida:
A celebrarte he venido;
De verte de tan tierna edad
Que el Señor te ha recogido.

Angelito de mi vida:
Compuesto con varias flores
Y cuando estés en la gloria
Rogarás por pecadores.

Luego le seguía el padrino:

Angelito de mi vida:
Derramas gotas de vino
Y cuando estés en la gloria
Rogarás por tus padrinos.

El padre recitaba:

Angelito de mi vida:
Llevas ramos en las manos
Y cuando estés en la gloria
Rogarás por tus hermanos.

Y alguno de los presentes agregaba:

Que viva doña Madrina
De la sala al comedor,
Haga correr las estrellas
Y haga detener el sol.

Y así continuaba hasta que cada uno hubiese dedicado compungidamente su verso. Todo era como una búsqueda de consuelo y propio conformismo, así como una incitación tácita para aceptar la muerte como una accidente y no como una degradación. Y cuando la madre hizo amagos de soltar el llanto, no faltó quien le recordara:

La madre de este angelito
No debe hacer sentimiento,
Le ha de mojar las alitas
Y no ha de poder volar.

Vino un breve silencio y pronto se empezó a conversar animadamente.

Comenzaron a servirse vasos de aloja y chicha y a ofrecerse empanadas, luego empanadillas y al último, rosquetes.

Hacía frío y la noche estaba angustiosamente oscura. Para hacer pasar el tiempo y además por formar parte del velatorio, se invitó a los músicos que habían llegado a ruego de los padrinos para que arrancarían con alguna chacarera o gato. Así se hizo y ya cercana la medianoche, los padrinos tomaron el ataúd alternativamente y bailaron entusiastamente, celebrados con gritos y ofrecimiento de bebidas y empanadas. Rehusó el padrino pues iba a zapatear solo, lo que hizo con arte y virilidad, mientras alguno le arrojaba a los pies cohetes encendidos que estallaban ruidosamente, rogando las mujeres que hicieran fuera, porque podían quemarse las alitas del angelito y ya no podría ascender al cielo.

A las doce de la noche, el padrino y la madrina salieron casi furtivamente y a poco se sintieron gritos e imprecaciones que se fueron alejando rápidamente pero que perdurarían hasta el amanecer.

Los acompañantes que quedaban se ubicaron en un cuarto lateral y allí se dejaron caer para descansar en algunos bancos y directamente en el suelo los hombres.

Los únicos que estaban en la habitación con el angelito, eran sus padres, abatidos pese a la alegría aparente de su alrededor. Ella, envuelta en un rebozo negro, se amparó en los brazos de su compañero, quien sin poder evitarlo, lloraba en silencio la desgracia de ambos.

Con amor envolvió el cuerpo de su esposa, y lo fue encaminando hacia la cocina, donde podía descansar en un camastro del que se había adueñado un gato negro. Miró éste fijamente al matrimonio y en gesto impulsivo, Agustín lo espantó aspeando los brazos. Velozmente corrió el gato deslizándose hasta el pequeño yacente. Estaba solito ya que todos habían salido y en un segundo corporizó aquél la figura del demonio, se apoderó del cuerpecito y huyó con él, envuelto en un torbellino.

Instintivamente Agustín corrió tras el gato y sólo alcanzó a ver la puerta abierta por donde se colaba el aire helado.

Hurgó su vista en la negrura de la noche y sin ver nada, retornó hasta el ataúd. Cuando lo vio vacío gritó estentóreamente:

-¡Maldito demonio, maldito seas...!

-¡Maldito Satanás, devuélveme mi angelito, mi angelito... - y un llanto convulso ahogó su voz.

Su mujer y acompañantes corrieron hacia él y unieron llantos, maldiciones y ruegos. Estaba enajenados. Todos se sentían además culpables por haber dejado al angelito solo. Todos sabían que esa circunstancia siempre es aprovechada por el demonio para llevárselo esté o no bautizado.

Del modesto ataúd quedaron pendientes y mutilados los cordones con los nudos rotos, abortando el mensaje del más allá.

Angelito: Nombre que se da a los niños hasta los seis años.

Aloja: Bebida que se obtiene de la fermentación de las vainas de la algarroba.

Chicha: Bebida que se obtiene de la fermentación del maíz.

Poleo: Arbusto que crece en forma natural en gran parte del país. Con sus hojas se prepara una infusión que es infaltable en cualquier tipo de reunión, como las bebidas mencionadas anteriormente.

Gato negro: Se lo tiene por una de las formas en que sabe hacerse presente el demonio. Es creencia universal.

Velorio del angelito: Velatorio del angelito cuyas características generales son las que se describen en este cuento. Es costumbre vigente en buena parte del país y de América.



FELIX COLUCCIO. Maestro, etnógrafo y folclorólogo argentino contemporáneo.